



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## La palanca de la victoria

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**OS múltiples testimonios y expresiones que encontramos en las santas Escrituras nos muestran de diversas maneras las disposiciones de corazón de los seres humanos, especialmente de todos aquellos que buscan la comunión con él Omnipotente.

Hemos podido darnos cuenta de que al apóstol Pablo le animaba el amor de Cristo de una manera muy especial. Lo que él vivía, lo vivía para el Hijo muy amado de Dios, según su propia expresión. Es por lo que también pudo traer a su alrededor una irradiación magnífica de estímulo, de alegría y de amor, con tesoros de gracia y de bendición.

Actualmente, a los seres humanos en general, no los anima mucho el amor divino, sino más bien el amor diabólico. Es abominable cuanto los anima este horroroso espíritu, que hasta llega a hacerles asesinar a su prójimo para robarlo. Las vilezas cometidas por interés se extienden a una vasta escala.

El Estado mismo es un gran homicida. Representa un viejo muro detrás del cual se ocultan bandidos que persiguen a los que no están de acuerdo con ellos. Por otra parte, si el pueblo acierta a ganar, entonces de súbito todo cambia, y los perseguidos pasan a ser perseguidores a su vez.

Los seres humanos obran siempre según el género de amor que tienen. Si es el amor al dinero ¡cuántas cosas abominables el diablo les mueve a hacer con „el mamón"! Por tanto, puede uno ser animado por toda clase de cosas. Entre nosotros, tampoco es siempre el amor de Cristo que nos mueve.

Para ser bien consideradas, hay personas que emplean palabras halagüeñas, hacen cumplidos para recibir algo a cambio. O bien en una estación, otros por ejemplo, por el hecho de disponer de ciertas cosas, lo aprovechan para hacer regalos personales. Esto siempre para que les tengan buena consideración. Mas todo lo de la estación no es personal, sino que pertenece a la colectividad.

Corresponde a nosotros hacernos la pregunta de confianza, si somos o no de éstos. En todo caso, no es el espíritu de la obra del Señor. Lo que se nos pide es vivir la unidad, y no dar nosotros mismos personalmente para que nos alaben y seamos un personaje importante, sino trabajar juntos con todo nuestro corazón para que la Obra pueda hacerlo.

No es nuestra persona que debemos poner de relieve, sino la Obra del Señor. Esto requiere dejar a un lado nuestro propio yo, y que sea el amor de Cristo que nos anime. Entonces no procuraremos destacar, sino que trabajaremos con gozo, siempre en armonía con la unidad

para que, con nuestros esfuerzos colectivos, la Obra pueda ayudar con orden, como conviene en la Casa de Dios.

Si queremos dejarnos animar por el amor de Cristo, muchas cosas se presentan a nosotros. Entonces se trata de abnegarnos, dar de lo nuestro a fin de estimular, consolar, reconfortar, rodear de afecto a nuestros hermanos y hermanas, y a nuestro prójimo.

Es nuestro estricto deber como hijos de Dios, pero siempre en el cuadro de la unidad y de la colectividad, para no perturbar el buen funcionamiento y la armonía de la familia divina. Debemos ser fieles y prudentes en todo, y mantenernos en el cuadro.

En suma, en la práctica este pensamiento "el amor de Cristo me anima", significa realizar una línea de conducta que permita al Reino de Dios introducirse en la tierra, de lo cual resultará la felicidad para todos.

La presciencia divina había visto todo por anticipado, y nuestro querido Salvador supo dar de antemano un informe exacto de lo que se manifestaría durante la edad evangélica. Él nos dio maravillosos ejemplos referentes al llamado del pequeño rebaño con detalles.

Estos ejemplos son citados en el Apocalipsis, que nos da una majestuosa descripción de las siete iglesias de Asia. En su relación encontramos todos los periodos sucesivos de la iglesia hasta la época de Laodicea, la preparación para la introducción del Reino de Dios, y después su ejecución.

Es admirable ver la gloriosa armonía de todo este proceso y constatar que las cosas han sucedido exactamente como habían sido previstas, sin enmiendas. Con el Eterno es siempre la línea recta, que va en dirección de la meta sin desviarse nunca a derecha ni a izquierda, considerando al mismo tiempo, con una benevolencia inefable, la debilidad de los seres humanos.

Al Todopoderoso no le es posible revelarse a los seres humanos de otra forma que por su espíritu. Es preciso, pues, que seamos sensibles a su influencia divina, la cual despierta nuestra sensibilidad a la obra de sus manos. "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión declara su poder". ¡Qué astro maravilloso es el sol! ¿Podríamos ir a pasearnos en el sol? Por Dios, seríamos consumidos instantáneamente, sin quedar nada de nosotros, ni siquiera las cenizas.

El Eterno que pone todo en movimiento, que produce toda esta energía y manifestación de poder y de gloria, no se alaba de sus obras. Pero el que tiene un poco de inteligencia, puede darse muy bien cuenta de que todos estos mundos no se mueven así en el espacio por casualidad.

Por ejemplo, si un vehículo careciera de dirección en una bajada, estaría perdido. Se estrellaría antes de llegar abajo de la pendiente. Por tanto, hay que estar de veras completamente desprovisto de sentido común para creer que el universo se ha hecho solo y que los astros se guían por su propia voluntad, sin tener quien los sostenga en el espacio.

Todo proviene de la obra grandiosa del Eterno. El confió la creación de la tierra a su Hijo unigénito, el Logos, quien lo hizo todo según la voluntad divina, sometiéndose con entusiasmo a la ley del Eterno. De esta manera, toda la obra del Hijo de Dios fue reconocida perfecta por el Omnipotente.

La tierra era al principio maravillosamente acondicionada. Había Adán y Eva como reyes de la creación terrenal. La tierra fue confiada por el Todopoderoso al hijo de la Aurora. Este era un hijo de Dios angélico que había de cuidar de ella, y ser su pastor protector.

Así podemos darnos cuenta del amor que animaba a nuestro querido Salvador. Su amor era completamente desinteresado, de una limpidez y de una transparencia inefables, estaba siempre de acuerdo con su Padre, y se regocijaba del honor que se le había hecho al hijo de la Aurora. No tuvo ni sombra de celos, ni de un sentimiento amargo cualquiera en su corazón, porque le animaba verdaderamente el amor divino.

En esto podemos medirnos nosotros mismos y sondear nuestros sentimientos. ¿Cuáles son nuestros reflejos cuando honran a un hermano o a una hermana más que a nosotros? ¿Nos sentimos bien dispuestos y regocijados cuando hemos trabajado de todo corazón en alguna obra y que son otros que reciben los honores?

¿Es que nos anima entonces el amor de Cristo para regocijarnos sin reserva y de todo corazón con los privilegios que son concedidos a otro? ¿O bien nos sentimos asaltados por toda clase de sentimientos que no corresponden para nada al amor divino?

Es verdad que no es posible comprender todo de una vez, ni tampoco realizar todo. Pero yo puedo decirles que siento un gozo desbordante cuando veo a hermanos y hermanas que hacen verdaderamente progresos en la realización del maravilloso carácter divino.

En cuanto a mí, me siento ahora prisionero de Cartigny o de Wart. Casi estoy siempre en uno de estos dos lugares. Tan pronto como quiero dar un salto a otra parte, empiezan las dificultades; no obstante, me siento regocijado y contento. Y cuando mis hermanos logran tener éxito, y que son felices y los rodean de afecto, esto me procura alegría, porque una sola cosa cuenta

para mí: que progrese el Reino. Lo demás no tiene importancia.

El progreso del Reino se patentiza en todo lo que se hace como bien, todo cuanto es hermoso, bueno, amable y afectuoso; no pido otra cosa. Me siento feliz, sumamente feliz, cuando veo que estiman a mis hermanos y hermanas, que les tienen mucha deferencia. Esto me regocija porque es del dominio del Reino de Dios. "Si un miembro recibe honra —dijo el apóstol Pablo—, todos los miembros con él se gozan". 1 Cor. 12: 26. En la familia divina cada uno debe lograr la cristalización de estos sentimientos en su corazón.

Y ahora, entre nosotros, si un miembro recibe honra, ¿se gozan todos los miembros? He aquí la pregunta de confianza hecha hoy a cada uno de nosotros. Es la lección del día, la lección admirable que ha de permitirnos transformar nuestra mentalidad. Naturalmente, se comprende muy bien en teoría; pero he podido darme cuenta de que en la práctica queda todavía mucho por hacer en el seno de la querida familia de la fe.

Por tanto, acerca de nosotros, se trata ahora de saber si nos anima mucho el amor de Cristo. Un querido hermano nos dijo una vez en una reunión de Wart: "Si yo tuviera ante mí los nombres de todos los hermanos y hermanas que conozco, y si los marcara uno tras otro, preguntándome: ¿Y a ese hermano, lo amas? ¿Y a esa hermana?, creo que no podría responder afirmativamente para todos, sino que seguramente no podría decir sinceramente que sí para todos".

Estas son preguntas muy útiles, que cada uno puede también hacerse. Seguramente que si lo hicieran sinceramente, muchos se verían obligados a comprobar que no han conseguido aún que los anime verdaderamente el amor de Cristo en todas las direcciones, y a favor de cada uno.

Por tanto, se nos presenta aquí un detenido estudio, que no consiste en aprender una cantidad de pasajes bíblicos, sino en estudiar a fondo nuestro corazón. El estudio de los pasajes bíblicos no es en sí nocivo, pero de todos modos corremos el riesgo con sus distintas expresiones de engañarnos con falsos razonamientos. Pues a veces su estudio nos puede embotar la inteligencia cuando no los empleamos adecuadamente.

Se comprende que los que están bajo el espíritu egoísta y religioso sólo puedan dar un mal testimonio. De esta manera ponen en boca de Dios afirmaciones que nunca ha pensado, y lo acusan de haber cometido cosas que Él nunca ha hecho ni jamás hará.

Por ejemplo, conceptúan de Dios que su intención será atormentar a ciertos seres humanos a perpetuidad. Con tales conceptos, ¿cómo nos sería posible ejercitarnos en amar a nuestro prójimo, en perdonarlo, en pagar en su favor? Nos sería imposible.

Por eso, las gentes religiosas ya les tienen enemistad a aquellos que no son de la misma secta que ellos. De este modo, no pueden ser animados del amor de Cristo.

Los seres humanos y su justicia humana son acusadores, mientras que Cristo siempre defiende y nunca acusa. Como él lo dijo: "No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza."

En cuanto a las personas religiosas, tampoco será el Señor quien las acusará; es la Biblia que toman siempre por testigo para decir maldades

contra el Todopoderoso. Pues pretenden que Dios castiga y que se venga.

¿Cómo pueden afirmar tal cosa y decir por otra parte que Dios es amor? Son precisamente estos pensamientos que acusan a los que los tienen. Pues sus conceptos han formado en ellos una mentalidad que en nada está de acuerdo con los caminos divinos; también nosotros teníamos esos mismos sentimientos.

¡Cuán agradecidos debemos estar de haber podido conocer la verdad gracias a las maravillosas precisiones traídas de parte del Señor, por medio de nuestras publicaciones! Estas nos han mostrado claramente cómo los seres humanos se han de conducir para no descender a la fosa, ser presas de los gusanos, de la podredumbre y de la destrucción.

Esto requiere recibir instrucciones relacionadas con los principios divinos. Conviene abandonar totalmente los pensamientos que tienen por efecto destruir nuestro organismo, porque son pensamientos en desacuerdo con los caminos divinos. Necesitamos adquirir la mentalidad de nuestro querido Salvador.

Por tanto, estamos deseosos de poner en ello todo nuestro corazón, para que no haya otra cosa que nos anime sino sólo el amor de Cristo. Desnudos nacimos en esta tierra, y no forrados de billetes de banco ni de monedas de oro y de plata. Fuimos rescatados con la preciosa sangre de Cristo, para poder realizar la magnífica línea de conducta de un hijo de Dios animado del amor divino.

¡Cuánto nos alegramos de todo lo que el Eterno nos ha procurado en su gracia! Ha orientado nuestras miradas hacia las maravillas de su sabiduría; nos ha revelado su hermoso carácter, sus intenciones caritativas, su corazón paternal, amable y benévolo.

Si queremos ser hijos, el Eterno quiere ser nuestro Padre; pero ser hijo necesita la práctica de los sentimientos de un hijo. La teoría no basta. El apóstol Pablo decía de los que no hacían lo necesario que eran bastardos.

Necesitamos, pues, un ejercicio de cada momento para que el amor de Cristo nos anime, y para que podamos realizar el programa del Reino de Dios, como está mencionado: "El Reino de Dios está en medio de vosotros; no viene ostensiblemente, ni dirán: Heo aquí, o heo allí, porque he aquí el Reino de Dios está entre vosotros".

Es lo que queremos realizar. La vida resulta hermosa, fácil y gloriosa cuando sólo vamos en pos del Reino y no de algún interés personal; entonces nos llena la dicha de la mañana a la noche, y de la noche a la mañana.

Cada vez que nos despertamos, nos gozamos de ver muy pronto a los seres humanos restaurados, no tener más preocupaciones ni aflicciones, sino estando siempre en la alegría y en el descanso del corazón, como nosotros mismos lo estamos.

¡Y es en una obra tan grandiosa y maravillosa que nos atrevemos a trabajar! Con esto se hace comprensible que los verdaderos hijos de Dios ya estén tan apegados a Cristo y al Todopoderoso. Pero nada se opone a que realicemos este magnífico programa.

Actualmente ha venido el momento de la introducción del Reino de Dios en la tierra. Corresponde a nosotros hacer lo necesario para participar activamente en su realización con el apego, la fidelidad a los principios y la unidad de la familia divina.

Conviene que tengamos siempre en nosotros el deseo de consolar, de estimular, de bendecir

y de mostrar cuán espléndidos son los caminos divinos. Para esto es preciso que nosotros mismos los encontremos espléndidos, debido a que los vivimos honestamente.

Por tanto, queremos trabajar con ardor en edificar el Reino, para que se introduzca, y pueda cambiar la triste situación de los seres humanos. Estos son infelices, y queremos hacerlos felices. Pero cuando el mamón (el dinero) no tenga más valor, será una gran facilidad. Ya no se disputarán más por esta causa, ni habrá ladrones ni policías. Los que más temen el Reino de Dios son los capitalistas y los financieros, porque en el Reino de ninguna utilidad serán las especulaciones.

Se comprende, pues, que todos esos grandes de la tierra se defiendan con la última energía contra la venida del Reino de Dios. Pero, de todos modos, el Reino de Dios será en definitiva la salud para sus huesos y la curación de su propio organismo.

Por eso, nuestra felicidad consiste en que la verdad invada el refugio de la mentira y de la falsedad. La verdad es tan fluida que aunque quieran cerrarle la puerta, pasará a través de las puertas cerradas. "De la justicia será hecho un nivel y de la rectitud una plomada".

Es primeramente por la fe como hemos podido percibir estas cosas. Después, al vivir el glorioso programa divino, hemos adquirido experiencias que claramente nos han mostrado que era así mismo. Por eso nos entusiasma poder trabajar en el gran día de la liberación.

El Señor dice: "El que ama, es nacido de Dios, el que no ama, nunca le ha conocido; porque Dios es amor." El poder de la fe se cristaliza en nosotros si somos completamente honrados con el programa. Así podemos realizar el amor divino.

De esta manera es cómo podemos vencer en nosotros hasta el último vestigio de egoísmo, y llegar a manifestar la gloriosa mentalidad divina. Esta se caracteriza en el amor inefable que constituye la base del trono de Dios. El amor de Dios puede resolver todos los problemas. Su amor es más fuerte que la muerte.

Queremos, pues, dar el paso detrás de nuestro querido Salvador. Queremos aprender de él, a fin de poder también, como el apóstol Pablo, decir con toda verdad que el amor de Cristo nos anima. Es lo que le deseo a cada uno de nosotros, a la honra y a la gloria del Omnipotente y de su Hijo adorable.

## Preguntas para el cambio — del carácter —

1. ¿Hemos podido traer felices impresiones, de bondad, de humildad, y contribuido al triunfo de otros con alegría?
2. ¿Hemos sido felices en la prueba, estables en la fe, podido mantenernos bajo el espíritu de Dios sin desviarnos?
3. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la unidad, el afecto fraternal, y nuestras victorias sobre el orgullo y la distracción?
4. ¿Cómo hemos administrado lo que teníamos en las manos, y podido ser un motivo de gozo y de consuelo?
5. ¿Hemos sido fieles a nuestro voto, un ejemplo de sinceridad, combatido el egoísmo, la tibieza, renunciado fácilmente?
6. ¿Hemos sido activos, animados de valentía, sencillos, llenos de alegría y de entusiasmo?